

CAPÍTULO V.

PORT-ROYAL.

Dudo que la historia pueda presentar en este género cosa mas extraordinaria que el establecimiento y la influencia de *Port-Royal*. Unos cuantos sectarios melancólicos, exacerbados por las pesquisas de la autoridad, imaginaron encerrarse en una soledad para dar rienda suelta allí á su mal humor, y trabajar á sus anchuras. Semejantes á las planchitas de un iman artificial, cuya fuerza resulta de su conjunto ó agregado, estos hombres, unidos y estrechados allí por un fanatismo comun, producen una fuerza total, capaz de levantar los montes. El orgullo, el resentimiento, el odio religioso, todas las pasiones acres y rencorosas se desatan al mismo tiempo, y el espíritu de partido concentrado se transforma en rabia incurable. Ministros, magistrados, sábios, mujeres de alta clase, religiosas fanáticas, todos los enemigos de la Santa Sede, todos los de la unidad, todos los de una Orden célebre, su antagonista natural, todos los parientes, los amigos, los clientes de los primeros personajes de la asociacion, se unen y congregan en el hogar de la rebelion. Gritan, se insinúan, calumnian, intrigan, tienen imprentas, correspondencias, factores, una *caja pública invisible*. En breve *Port-Royal* podrá contristar á la Iglesia galicana, insultar al Sumo Pontífice, impacientar á Luis XIV, influir en sus consejos, cerrar las imprentas á sus adversarios, y en fin, imponer á la supremacía.

Este fenómeno es grande sin duda, mas no obstante hay otro que le excede infinito, y es la reputacion usurpada de virtudes y talentos *construida por la secta*, del mismo modo que se *construye* un navío, ó una casa, y liberalmente con-

cedida á *Port-Royal* con tal suceso, que aun en nuestros dias no se ha desvanecido, aunque la Iglesia no reconozca virtud alguna separada de la sumision, y *Port-Royal* haya estado constante é irremisiblemente reñido con todas las especies de talentos superiores. Un celoso partidario de *Port-Royal* se ha hallado sumamente embarazado en nuestros dias, al querer darnos la enumeracion de los grandes hombres pertenecientes á aquella casa, cuyos nombres (dice) *arrancan el respeto, y recuerdan en parte los títulos que tiene la nación francesa á la gloria literaria*. Este catálogo es curioso. Vedle aquí :

Pascal, Arnaldo, Nicole, Hamond, Sacy, Pontis, Lancelot, Tillemont, Pont-Chateau, Angran, Berulle, Despreaux, Bourbon-Conti, La-Bruyere, el cardenal Camus, Felibien, Juan Racine, Rastignac, Regis, etc. ¹.

Pascal va siempre al frente de estas listas, y con efecto es el único escritor de genio que haya, no diré producido la famosa casa de *Port-Royal*, sino que la haya habitado por algun tiempo. En seguida se ven parecer, *longo sed proximi intervallo*, Arnaldo, Nicole y Tillemont, sábio y laborioso analista ²; los demás no merecen la pena de nombrarse, y aun la mayor parte de ellos están ya profundamente olvidados. Para elogiar á Bourdaloue se ha dicho que es un *Nicole elocuente*: de modo que Nicole, el mas elegante escritor de *Port-Royal* (exceptuando á Pascal), era igual á Bourdaloue menos en la elocuencia. Hé aquí á lo que se reduce sobre este punto la gloria literaria de estos hombres tan celebrados por su partido: *fuieron elocuentes como un hombre que no fuese elocuente*. Lo que no quita el mérito filosófico y moral de Nicole, que es digno de estimarse. Arnaldo, el soberano pontífice de la asociacion, fue un escritor mas que mediano ^{*}; y quien no

¹ *Las ruinas de Port-Royal de los Campos*, por el Sr. Gregoire: París, 1809, en 8.º, c. 6.

² *Es el mulo de los Alpes*, dice Gibbon, que pone el pié seguro y nunca tropieza. Séalo enhorabuena; pero el caballo de casta hace diferente figura en el mundo.

* Es decir, de muchas obras.

quiera arrostrar el tedio de juzgar de él por sí mismo, puede creer sobre su palabra al autor del discurso *sobre la vida y las obras de Pascal*¹. «El estilo de Arnaldo, dice, descuidado y dogmático, perjudicaba algunas veces á la solidez «de sus escritos... Su *Apología* estaba escrita en un estilo «pesado, monótono y poco á propósito para interesar al público en su favor².» En general este es el estilo de *Port-Royal*: nada hay mas frio, mas vulgar, ni mas seco, que todo lo que salió de allí. Dos cosas les faltaban eminentemente á sus escritores, la elocuencia y la unción; dones maravillosos que son y deben ser extraños á las sectas. Leed sus libros ascéticos, y todos los hallaréis muertos y helados; jamás se encuentra en ellos aquella virtud convertidora que conmueve y atrae hácia Dios: mas ¿cómo la fuerza que nos atrae hácia un astro podria hallarse fuera de este astro? Seria una contradicción patente.

Vo te vomitaré, dice la Escritura hablando de la tibieza, y lo mismo diria yo hablando de la mediocridad. No sé lo que es, pero lo malo choca menos que lo mediano continuo*. Abrid un libro de *Port-Royal*, y en leyendo la primera página diréis al instante, que *ni es bastante bueno, ni bastante malo para venir de otra parte*; porque es tan imposible encontrar en él un absurdo, ó un solecismo, como una idea profunda, ó un movimiento de elocuencia: es como quien dice únicamente lo terso, lo duro y lo frio de un hielo: y qué; ¿es muy difícil hacer un libro de *Port-Royal*? Tomad el asunto en algún orden de conocimientos, que cualquiera orgullo pueda alabarse de comprender: traducid los antiguos, ó copiádoslos en caso necesario, pero sin citarlos; ha-

¹ Al frente de los *Pensamientos* de Pascal, edicion de Paris por Renouard, 2 vol. en 8.º, 1803.

² *Ibid.* *Pensamientos*, 81. El autor no deja de decir en la pág. 63: «En esta escuela es donde bebió Racine los principios de aquel estilo «armonioso que lo caracteriza.» Comprendo muy bien cómo se enseña la gramática, mas no sé cómo se enseña *el estilo*, sobre todo *en principios*.

* En literatura.

cedles hablar francés á todos: descubrid al público y á la multitud aún lo que ellos habian querido ocultarla: no dejéis sobre todo de decir *se* en lugar de *yo*: anunciad en el Prefacio «que se proponia no publicar el libro, pero que «ciertas personas de distincion y alto carácter habian sido de «parecer, que la obra podia tener una fuerza maravillosa «para reducir los espíritus obstinados; y así se habia en fin «determinado, etc.» Poned en una viñeta en la portada del libro una matrona cubierta con un velo, y apoyada sobre una áncora (esto es, la ceguedad y la obstinacion). Bautizadlo con un nombre supuesto¹; en fin, añadid el lema magnífico: *Ardet amans spe nixa fides*, y tendréis un libro de *Port-Royal*.

Cuando se dice que *Port-Royal* ha *producido* grandes talentos, es no saber lo que se dice. *Port-Royal* no era un instituto, sino solo una especie de club teológico, un punto de reunion; en fin, cuatro paredes, y nada mas. Si algunos sabios franceses hubiesen determinado reunirse en tal ó tal café para tratar y disertar allí mas cómodamente, ¿se diria acaso que aquel café habia *producido* grandes genios? Por el contrario, cuando se dice que la Orden de los Benedictinos, ó de los Jesuitas, etc., ha *producido* grandes talentos,

¹ Esta es una treta, muy notable y de las mas características de *Port-Royal*. En vez de usar de un modesto anónimo que hubiera comprimido demasiado el *yo*, estos escritores habian adoptado un método que les daba toda la facilidad que querian, aparentando así un cierto pudor literario que no amaban sino en lo exterior, y era el método *seudónimo*. Publicaban casi todos sus libros bajo de nombres supuestos, y todos, lo que es digno de observarse, mas sonoros y majestuosos que los que tenian de sus familias; lo que hace un honor infinito al discernimiento de estos humildes solitarios. De esta fundicion salieron los *D'Etouville*, *Montalto*, *Beuil*, *de Royaumont*, *Rebek*, *de Fresne*, etc. Arnaldo, á quien ciertos escritores franceses llaman aun con la seriedad mas cómica *el grande Arnaldo*, se conducia aun mejor, pues aprovechándose del ascendiente que le daban ciertas circunstancias en su pequeña iglesia, se apropiaba el trabajo de sus subalternos, y consentia modestamente en recoger los elogios que se hacian á sus obras.

grandes virtudes, se habla con mas exactitud, porque allí se ve un instituto, un instituidor, una orden en fin, y un espíritu vital que los produce; pero los talentos de Pascal, de Nicole, de Arnaldo, etc., ni los formó Port-Royal, ni le pertenecen de ningun modo. Ellos llevaron sus talentos y sus conocimientos á aquella soledad, y no fueron allí mas que lo que eran antes de entrar en aquel recinto. Allí se unen, mas no se penetran; no forman unidad moral: veo las abejas, pero no veo la colmena. Si se quiere considerar á Port-Royal como un cuerpo propiamente dicho, su elogio será muy corto. Hijo de Bayo, hermano de Calvino, cómplice de Hobbes, y padre de los Convulsionarios, no vivió mas que un instante, el cual empleó enteramente en fatigar, insultar, herir y ofender á la Iglesia y al Estado. Si las grandes antorchas de Port-Royal en el siglo XVII, es decir, Pascal, Arnaldo y Nicole (porque siempre es menester venir á parar en este triunvirato) hubiesen podido ver en un porvenir muy cercano al *Gacetero eclesiástico*, los Saltos del cementerio de San Medardo, y las horribles escenas de los *Securistas*, se hubieran caido muertos de vergüenza y de arrepentimiento; porque al fin ellos eran hombres de buena crianza, y (aunque extraviados por el espíritu de partido) ciertamente estaban muy léjos, como todos los novadores del universo, de prever las consecuencias que tendria su primer paso dado contra la autoridad.

Así pues, no basta para juzgar á Port-Royal citar el carácter moral de algunos de sus miembros, ni algunos libros mas ó menos útiles que salieron de aquella escuela; es menester tambien poner en la balanza los males que ha producido, y en verdad que estos males son incalculables. Port-Royal se aprovechó del tiempo y de las facultades de un gran número de escritores, que podrian haber sido útiles segun sus fuerzas á la Religion y á la filosofía, y que las consumieron enteramente en disputas ridículas ó funestas. Dividió la Iglesia; creó un foco de discordia, de desconfianza y de oposicion con la Santa Sede; agrió los espíritus, y los

acostumbró á la resistencia; fomentó los celos y la antipatia entre las dos potestades, y las puso en un estado de guerra habitual, que no ha cesado de producir los choques mas escandalosos. En fin, hizo mil veces mas peligroso el error, anatematizándolo, que lo era antes, pues al mismo tiempo lo introducía bajo de otros nombres diferentes. Escribió contra el Calvinismo, y lo continuó, no tanto por su teología ferroz, cuanto por haber plantado en el Estado un germen democrático, enemigo natural de toda jerarquía.

Para contrapesar tantos males, hubieran sido necesarios grandes hombres y excelentes libros; pero Port-Royal no tiene el menor derecho á esta honrosa compensacion. Acabamos de ver á un escritor que conociendo bien cuán pobre era esta escuela de nombres distinguidos, ha tomado el partido para aumentar la lista de añadir los de algunos célebres escritores que habian estudiado en aquel retiro. Así Racine, Despreaux y La-Bruyère se encuentran inscritos al lado de Lancelot, Pont-Chateau, Angran, etc., entre los escritores de Port-Royal, sin ninguna distincion, como dejamos dicho. El artificio es sin duda ingenioso; y lo que debe parecer aun mas singular, es que La-Harpe se vale del mismo sofisma, y en su *Curso de literatura*, despues de hacer un magnífico elogio de Port-Royal, nos dice: *En fin, de esta escuela salieron Pascal y Racine.*

Cualquiera que dijese que el gran Condé aprendió en la escuela de los Jesuitas á ganar la batalla de Senef, seria tan filósofo como La-Harpe en esta ocasion. El genio no sale de ninguna escuela: no se adquiere en parte alguna, y se desenvuelve en todas. Como nó conoce maestro, solo debe ser agradecido á la Providencia.

Los que nos presentan como producciones de Port-Royal á estos grandes hombres, no advierten que le hacen un perjuicio muy notable á los ojos de los inteligentes, pues ciertamente no se buscan grandes nombres, sino porque se carece de ellos. ¿Qué amigo de los Jesuitas ha imaginado nunca decir para exaltar la Compañía: *En fin, de esta escuela han*

salido Descartes, Bossuet, y el príncipe de Condé¹? Los afectos á los Jesuitas se guardan bien de alabarlos tan neciamente, porque tienen otras cosas que decir.

Voltaire ha dicho: «Tenemos ciento y cuatro volúmenes de Arnaldo (debió decir ciento y cuarenta); pero casi ninguno de ellos puede colocarse entre los clásicos que honraron el siglo de Luis XIV²: no nos ha quedado, añade, «mas que su Geometría, su Gramática razonada, y su Lógica.»

Mas esta *Geometría* está ya del todo olvidada. Su *Lógica* es un libro como otros mil que hay del mismo género, y que ha sido excedido por varios. ¿Qué hombre habrá, que pudiendo leer á Gasendo, á Wolfio, y á S' Gravesande, vaya á perder su tiempo con la *Lógica de Port-Royal*? Aun el mecanismo de los silogismos se encuentra allí desenvuelto muy medianamente, y toda esta parte suya no vale cinco ó seis páginas del célebre Euler, quien en sus *Cartas á una Princesa de Alemania* explica todo este mecanismo del modo mas ingenioso, por medio de tres círculos diferentemente combinados.

Queda la *Gramática general*, un pequeño volumen en doctavo, del cual se puede decir es un buen libro, y del cual hablaremos luego. Hé aquí todo lo que nos queda de un hom-

¹ Condé estimaba mucho á los Jesuitas; les confió la educacion de su hijo, y en su muerte les legó su corazon. Sobre todo honraba con una amistad muy particular al ilustre Bourdaloue, quien vivia con bastante inquietud, á causa de las irresoluciones de este Príncipe sobre el artículo importantísimo de la fe. Un dia en que este grande orador predicaba delante de él, llevado repentinamente de un movimiento interior, rogó públicamente por su augusto amigo, pidiendo á Dios que se dignase poner fin á la perplejidad de aquel gran corazon, y poseerlo para siempre. Bourdaloue habló bien, pues que no disgustó; y muchos años despues pronunciando la oracion fúnebre de este mismo Príncipe, y en el mismo púlpito, dió gracias á Dios públicamente por haberse dignado oír sus ruegos. Creo que esta anécdota tan interesante es poco conocida. (Véase la *Oracion fúnebre del gran Condé*, por el P. Bourdaloue, parte II, hácia el fin).

² Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, t. III, c. 37.

bre que escribió ciento y cuarenta tomos, muchos de ellos en cuarto y otros en folio. ¡Es menester confesar que empleó bien su larga vida!

En el mismo capitulo hace Voltaire el honor á los solitarios de Port-Royal de creer ó de decir: «que por el espíritu varonil, vigoroso y animado que formaba el carácter de sus libros y de sus conversaciones... contribuyeron no poco á «extender en Francia el buen gusto y la verdadera elocuencia.»

Declaro sobre mi palabra, que jamás he hablado á los Port-Royalistas, y así no puedo juzgar de lo que eran en su conversacion; pero he hojeado mucho sus libros, principian-do por el pobre *Royaumont*, que tanto me fatigó en mi infancia, y cuya dedicatoria es uno de los monumentos mas exquisitos de necedad que existen en ninguna lengua; y declaro con la misma sinceridad, que no solamente me seria imposible citar una página de Port-Royal (exceptuando siempre á Pascal), escrita con un *estilo varonil, vigoroso y animado*, sino que el *estilo varonil, vigoroso y animado* es lo que siempre me ha parecido que faltaba eminentemente á los escritores de *Port-Royal*. Así, pues, aunque en materia de gusto no haya autoridad mas imponente que la de Voltaire, habiéndome enseñado *Port-Royal* que el Papa, y aun la Iglesia, pueden engañarse sobre los hechos, yo no quiero creer en esta parte mas que á mis ojos; porque aunque no pueda elevarme hasta el *estilo varonil, vigoroso y animado*, sé no obstante lo que es, y en esto nunca me he engañado.

Con mas facilidad convendré con el mismo Voltaire, en que por desgracia los solitarios de Port-Royal pusieron mas empeño en extender sus opiniones, que el buen gusto y la verdadera elocuencia¹. En esto no hay la menor duda.

No solamente los talentos fueron muy medianos en Port-Royal, sino que aun el círculo de estos talentos fue muy reducido, tanto en las ciencias propiamente dichas, como en el género de conocimientos que tenían mas particular rela-

¹ Voltaire, *Siglo de Luis XIV*, t. III, c. 37.

cion con su estado. Entre ellos no se encuentran mas que gramáticos, biógrafos, traductores, polémicos eternos, etc.; por lo demás, ni un hebraizante, ni un helenista, ni un latino, ni un anticuario, ni un lexicógrafo, ni un crítico, ni un editor célebre; y mucho menos un matemático, un astrónomo, ni un físico, ni un poeta, ni un orador: en fin (exceptuando siempre á Pascal), no han podido legar á la posteridad ni una sola obra. Extraños á todo cuanto hay de noble, de tierno y de sublime en las producciones del genio, lo mejor que les sucedé, y esto en sus mejores momentos, es tener razon.

CAPÍTULO VI.

CAUSAS DE LA REPUTACION USURPADA DE QUE HA GOZADO PORT-ROYAL.

Muchas causas han concurrido á la falsa reputacion literaria de Port-Royal. Desde luego es menester considerar que en Francia, como en todas las demás naciones del mundo, los versos han precedido á la prosa; y es observacion que los primeros prosistas parece que producen mas efecto en el espíritu público, que los primeros poetas. Vemos que Herodoto obtuvo honores, que Homero no gozó jamás. Los escritores de Port-Royal principiaron á escribir en una época en que la prosa francesa no habia desplegado su verdadera energia. En 1667 decia aun Boileau en su Retractacion jocosa: *Mejor escribe Pelletier, que Ablancourt ni Patru*¹, tomando, como se ve, estos dos literatos, tan olvidados ya en nuestros dias, como si fuesen dos modelos de elocuencia. Así que, como los de Port-Royal empezaron á escribir en esta infancia, digámoslo así, de la prosa, adquirieron desde luego una grande reputacion; porque es muy facil ser los primeros en mérito á los que son los primeros en tiempo: mas hoy ya no se les lee mas que á Ablancourt y á Patru, y aun es imposible leerlos. No obstante, han hecho mucho ruido, y han sobrevivido á sus libros, porque pertenecian á una secta, y secta poderosa, siempre vigilante sobre sus peligrosos intereses. Cualquier escrito de Port-Royal se anunciaba con anticipacion como un prodigio, y como un metéoro literario; y se distribuía por los hermanos, aunque comunmente con reserva, y era alabado, exaltado y levantado sobre las nubes² en todas las sociedades de su partido, desde

¹ Boileau, *sátira IX*, escrita en 1667, y publicada en 1668.

² Escuchemos aun á madama de Sevigné: *Ilè hecho enviar á*

el palacio de la Duquesa de Longueville, hasta la guardilla ó desvan del mozo de cordel. No es fácil comprender hasta qué punto puede influir una secta ardiente é infatigable, que obra siempre en el mismo sentido, sobre la reputacion de los libros y de los hombres. Aun en nuestros dias esta influencia no se ha extinguido del todo.

Otra causa de esta reputacion usurpada fue el placer de contrariar, incomodar, y de humillar á una Orden famosa; y aun el de hacer frente á la corte de Roma, que no cesaba de tronar contra los dogmas de los Jansenistas. Este último placer atrajo sobre todo á los Parlamentos al partido de aquellas gentes, porque siendo enemigos orgullosos de la Santa Sede, debian naturalmente amar todo lo que la disgustaba.

Más nada aumentó tanto la fuerza de Port-Royal sobre la opinion pública, como el uso exclusivo que hicieron de la lengua francesa en todos sus escritos. Sin duda sabian el griego y el latin, aunque sin ser helenistas ni latinos, lo que es muy diferente; pues ningun monumento de verdadera latinidad salió de su escuela, y ni aun el epitafio de Pascal supieron hacer en buen latin ¹. En este uso exclusivo, además

nuestras pobrecitas monjas de Santa Maria (¡ pobres criaturas!) un libro que las ha embelesado, y es *LA FRECUENTE* (el libro de la Frecuente comunion de Arnaldo), pero con la mayor reserva del mundo. (*Madama de Sevigné*, carta DXXIII, t. VI, en 42.^o). La señora Marquesa me permitirá preguntarla: ¿Por qué es este grande secreto? ¿Se vende, ó se presta acaso en secreto la *Imitacion de Jesucristo*, el *Combate espiritual*, ó la *Introduccion á la vida devota*? — Este era Port-Royal, siempre reñido con la autoridad: siempre en acecho, espiondo ocasiones, intrigando, repartiendo libros, manobrando en secreto, y temiendo á los alguaciles de la policia como á los inquisidores de Roma: el misterio era su elemento. Buen testimonio de esto es aquel bello libro dado á luz por una de las más famosas mujeres del partido: *El Rosario secreto del santísimo Sacramento*, por la madre Inés Arnaldo (1663 en 42.^o): ¡Secreto! Por Dios, madre mía, ¿qué es lo que queréis decir con esto? ¿Es acaso el santísimo Sacramento el que es secreto, ó es el *Ave Maria*?

¹ No obstante, se lee allí una línea latina: *Mortuusque etiamnum latere qui vivus semper latere voluerat*; pero esta línea es robada al

de la razon de incapacidad, que es incontestable, otra de puro instinto conducia á los solitarios de Port-Royal. La Iglesia católica establecida para creer y amar, no disputa sino con repugnancia ¹; si se ve precisada á entrar en la lid, quisiera á lo menos que no se mezclase el pueblo en la disputa. Así habla voluntariamente en latin, y solo se dirige á los hombres sabios. Por el contrario, las sectas necesitan del pueblo, y sobre todo de las mujeres. Los Jansenistas, pues, escribieron en francés, y esta es una nueva prueba de su conformidad con *sus primos*. El mismo espíritu de democracia religiosa les condujo á inundarnos de traducciones de la santa Escritura, y de los Oficios divinos. Lo tradujeron todo, hasta el Misal, para contradecir á Roma, que por razones evidentes nunca ha gustado de estas traducciones*. Este

célebre médico *Guy-Patin*, que quiso lo enterrasen al aire libre, *ne mortuus cuiquam noceret, qui vivus omnibus profuerat*. El talento, la gracia, la oposicion luminosa de las ideas ha desaparecido; pero no obstante, el plagio es manifesto. Hé aquí los escritores de Port-Royal, desde el forjador del *in folio* dogmático hasta el epitafio: en todas partes copian y se lo apropian todo.

¹ Voltaire ha dicho: «En la Iglesia latina se disputaba muy poco en los primeros siglos.» (*Siglo de Luis XIV*, t. III, c. 36). La Iglesia jamás ha disputado si no la han precisado á hacerlo; pues por temperamento aborrece las disputas.

No se puede dejar de notar el progreso que han hecho en esta parte entre nosotros en estos últimos tiempos; todo se ve lleno de *Ordinarios de la misa*, sin excluir las palabras misteriosas de la consagracion, de *Oficios de Semana Santa*, *Ejercicios cotidianos*, etc., no como antiguamente los teníamos con varias oraciones y afectos para los diversos tiempos de la misa, etc., sino que lo principal lo forma el ordinario de ella; sin querer advertir que la santa Iglesia, que nada hace sin grande motivo, prescribe que desde el Cánón el Sacerdote profiera las oraciones en voz baja; lo cual seria en vano entonces. ¿Cómo han olvidado estos declamadores por la disciplina antigua, lo que se llamaba antiguamente la *disciplina del arcano*? Esta vulgarizacion ya con las observaciones y llamadas en letra bastardilla, que suelen hacer en ciertas palabras para despertar mas la atencion, en breve irá impresionando de máximas bien trascendentales á las personas sencillas, especialmente mujeres, como en Francia se experimentó ya á principios del siglo anterior. No sin fundamento los tenia

ejemplo se siguió en todas partes, y fue una gran desdicha para la Religión. Se habla frecuentemente *de los trabajos literarios de Port-Royal*. ¡Singulares trabajos católicos que no han cesado de desazonar á la Iglesia católica!

Después de haber dado este golpe á la Religión, á la que no han hecho mas que mal¹, dieron otro no menos sensible á las ciencias clásicas por el infeliz sistema de enseñar las lenguas antiguas en lengua moderna. Bien sé que á primera vista esto parece favorecerles; pero si se mira con aten-

prohibidos el Santo Tribunal, especialmente con la traducción de las palabras de la consagración. Como no están en aptitud de discernir muchas cosas, y por otra parte se lisonjea su amor propio y curiosidad al ver, por ejemplo, que ofrecen el sacrificio, y no como quiera con, sino como el sacerdote, tal vez se persuadirán que dicen la misa con el sacerdote, que consagran con él, que son sacerdotes... No es exageración; mujeres del partido se vieron allí atreverse temeraria y sacrilegamente á decir misa en oratorios. Permítasenos decirlo también: Apenas hay librito de estos donde no haya algo que notar. Muy valido corrè un *Ordinario de la misa* en 12.^o ordenado por el R. P. F. P. S. C. impreso en 1826 casa de Sanz, y en la pág. 8 dice: *Que los que están en el cielo padecen las penas del purgatorio; esto podrá ser equivocación, pero bien garrafal, y en seguida, que nadie puede ser miembro de la Iglesia sin recibir el perdón de los pecados; que es decir, que la Iglesia se compone sólo de los justos; que los pecadores no son miembros de la Iglesia, etc.*: error bien conocido de los sectarios y herejes. Velen mucho los pastores. No necesitaron las Teresas y Marianas de Jesús, las Sanchas Carrillo, Teresas, Enriquez, Catalinas de Mendoza, etc., de *Ordinarios de la misa* para llegar á las virtudes mas heróicas. Solo el ver la afectación con que una jóven hablaba de la Biblia, le hizo á la primera no admitirla en su religión, para lo que estaba ya todo dispuesto, diciéndola con aquella su discreción de espíritu: «*Quédate, hija mia, allá con tu Biblia, que «nosotras nos contentamos con saber hilar y nuestras labores de ma- «nos.»*» Sobre las traducciones de la Escritura hemos dicho ya alguna vez.

¹ No quiero decir por esto, como es fácil de entender, que ningun libro de Port-Royal haya hecho bien alguno á la Religión: no es esto de lo que se trata; lo que digo es, que la *existencia entera de Port-Royal, considerada en el conjunto de su acción y de sus resultados, no ha hecho mas que mal á la Religión, y sobre esto no hay la menor duda.*

ción se verá fácilmente cuán engañosa es esta primera perspectiva. El método y enseñanza de Port-Royal es la verdadera época de la decadencia de las humanidades y buenas letras. Desde entonces no ha hecho mas que decaer en Francia el estudio de las lenguas sabias. Admiro de todas veras los esfuerzos que actualmente se hacen en este estudio; pero estos esfuerzos son precisamente la mejor prueba de lo que acabo de suponer. Los franceses están aun en este género tan inferiores á sus vecinos los ingleses y alemanes, que antes de llegar á igualarlos tendrán todo el tiempo necesario para reflexionar sobre la desgraciada influencia de Port-Royal¹.

¹ La Francia ha tenido grandes humanistas en el siglo XVIII, y nadie piensa hablar contra la latinidad de Rollin, Hersan, Le-Beau, etc.; mas estos hombres célebres se habian educado en el sistema antiguo conservado por la Universidad. El de Port-Royal ha producido hoy todo su efecto. Podrian citarse de ello monumentos muy singulares; mas no quiero tener mas razon de la que es necesaria.